

LOS TRES ARCOS DE CIRILO

Emilia Pardo Bazán

ÍNDICE

Capítulo I	7
Capítulo II	13
Capítulo III	19
Capítulo IV	25
Capítulo V	33
Capítulo VI	41
Capítulo VII	49

DON Dámaso Hinojales, modesto empleadillo en Hacienda, atendido a un sueldo escaso y con descuento, y a una renta patrimonial nada pingüe, mermada además por los tributos y las malas cosechas, tuvo en cambio la fortuna de que Dios le diese un solo hijo, y la satisfacción de que el chico saliese tan despejado, guapo y agradable, que la parentela, las vecinas, los amigos y amigas de la casa, y hasta los compañeros de oficina y los porteros del Ministerio auguraron al retoño brillante porvenir.

Quedó la esposa de don Dámaso delicada y resentida del trance del parto, y la ciencia pronosticó que ya no descendería más la bendición del cielo sobre aquel hogar honradísimo. Seguros los esposos de que Cirilo —este nombre habían puesto a su heredero, por ser el mismo del papá de don Dámaso— sería su única prole, como era ya su única alegría y orgullo, dedicáronse, hasta donde se lo permitían sus medios, a cuidarle y adornarle con todos los primores de una rara y selecta educación. Llegó a constituir en ellos una especie de monomanía el afán de educar bien a su hijo. Eran los padres de Cirilo en extremo ahorrone y metódicos; realizaba la madre prodigios de economía, y el padre se contaba en el número de esos hombres de bien pacatos y tímidos, que salen de su casa con una peseta en el bolsillo del chaleco, y vuelven con ochenta y tres céntimos, que entregan religiosamente a su consorte. La madre, más vivaracha y despierta, azuzaba al padre, y le impulsaba a buscarse la vida, consiguiendo, en su ansia de reunir algún dinerete que gastar en profesores, libros y colegios para Cirilo, que don Dámaso obtuviese unas cuantas pequeñas administraciones, llevase los li-

bros de un comerciante, y granjease, por medio de estos trabajos desempeñados a las horas que la oficina dejaba libres, un sobresueldo no despreciable, pues al fin muchas pajitas hacen pagar. Los excelentes padres se privaban de toda distracción y huían como del diablo del gasto superfluo: los gabanes de don Dámaso sufrían más reviravuelas que las convicciones de un político vividor; los vestidos negros de doña Clara, de puro llevados y traídos, parecían verdosos o color de ala de mosca, y mientras presentaban a su unigénito el jugoso *beefsteack* o el succulento y amarillo cuarto de gallina, saciaban los esposos su propio apetito con una platada de garbanzos o un guisado de habichuelas. Para el chico no había de faltar su reconfortante vino puro, ni menos la nutritiva carne, que, según doña Clara, «carne cría».

Porque es de advertir que los padres de Cirilo, en su propósito de completar y perfeccionar la obra de la naturaleza, que les había regalado un chico tan despabilado, bonito y gracioso, no sólo pretendían adornarle con todos los requilorios de la ciencia y la sabiduría, sino atender con celo a su desarrollo corporal, y que la mente sana del rapaz se encerrase en un organismo sano también. Aunque apocado y sin chispa, don Dámaso no era lo que se llama un ignorante, ni mucho menos: había leído y leía, siempre que se lo consentían sus quehaceres, libros serios y de meollo, y desde que tuvo sucesión prefirió los pedagógicos, llegando a penetrarse bastante de las teorías más flamantes y nuevas, y, sin prendarse exclusivamente de ninguna, hizo él allá a su modo una conciliación o sincretismo de todas ellas, tomando algo de los sistemas rancios y pasados de moda, y otro poco de los que más se campanean hoy en el extranjero, y por aquí apenas se conocen. De su composición de lugar sacó en limpio don Dámaso que, poseyendo el hombre un conjunto de órganos que llena cada cual importante fin en la maravillosa máquina del cuerpo o en el juego de las funciones intelectuales, hay que dar a estos órganos lo suyo equitativamente, sin tacañería y sin prodigalidad derrochadora. Bueno será —pensaba don Dámaso— meterle a un chico en la cabeza el mapamundi de la sabiduría; pero también conviene que ese mapamundi descansa sobre un pie fuerte y sólido, que no le permita venirse a tierra. Guiado por esta verdad, don Dámaso avezó a su hijo

a los ejercicios corporales —desde la gimnasia higiénica, que robustece los músculos y ensancha las cavidades pulmonares, la gimnasia artística y natural, que enseña la actitud elegante y noble, y la gimnasia atlética, que proporciona a un hombre el medio de salir airoso en lances apurados, hasta el más reciente capricho del moderno *sport*, o sea el manejo de los variados artefactos cíclicos—. El cariñoso padre, así que notaba que un ejercicio le desarrollaba al muchacho, por ejemplo, el esternón, inmediatamente pensaba en que no se quejasen las piernas, y discurría el modo de compensarlas con la carrera o el salto; y así que advertía los efectos beneficiosos del sistema en la vida física de Cirilo, al punto se acordaba del cerebro, y ya estaba buscando el mejor maestro y el método más luminoso y seguro para que el chico se familiarizase con el griego, el francés, la lingüística o la química. Porque es de advertir que en lo tocante a la adquisición de los conocimientos, el padre de Cirilo adoptó la misma táctica de equilibrio y compensación prudente, huyendo de convertir a su hijo en un enfadoso sabio especialista, o de limitarle a erudito a la violeta, superficial y petulante.

Entendía don Dámaso que importa dominar, no una única materia, en cuyo caso nos volvemos dogmáticos, exclusivistas e impertinentes, creyendo o aparentando creer que sólo aquella ciencia significa y vale algo, sino dos o tres ramas afines, en las cuales adquirimos verdadera superioridad; pero que no por eso deben abandonarse otros estudios, o cuando menos no deben ignorarse enteramente, pues conviene, como decía cierta eminencia muy respetada por don Dámaso, asomarse a todos los conocimientos, y tener de ellos un concepto claro y justo, ya que no profundo ni autorizadísimo. Estaba a mal don Dámaso con los limitados positivistas que reducen a hechos el saber, y quería que su hijo no despreciase la hermosura de esa labor de la mente humana que por filosofía se conoce; pero no transigía con que por eso el chico se perdiese en la abstracción, y abandonando la tierra se echase a pasear por las nubes: le quería conocedor y admirador de lo demostrable, y partidario del método prudente y de la realidad tangible. En arte también procuró don Dámaso no sacar al muchacho de quicio, haciéndole comprender, desde luego, que si ignorar los rudimentos de las artes y des-

conocer su valor y su puesto en nuestra existencia —que tanto embellecen, decoran y encantan— es digno de un vándalo, también sería ridícula pretensión y majadería intolerable que alardease de artista el que no ha recibido al venir al mundo las dotes de la inspiración. Trató, pues, el buen padre de que Cirilo aprendiese, de música y dibujo, lo que puede lograr un aficionado; obligole a que estudiase la lectura y el modo de recitar versos, género de habilidad que casi nadie tiene, pues de los que leen en alto apenas se encuentra alguno que no titubee o tropiece, que dé sentido a las palabras, que las pronuncie como es debido, y que tenga inflexiones de voz delicadas y sonoras, sino falsas, enfáticas y duras; así es que Cirilo no aprendió a leer con un dómine, pero con un actor consumado, lecciones pagadas por don Dámaso a muy alto precio. También quiso el entusiasta padre que su hijo adquiriese una tinturilla arqueológica, y le costeó algunos viajes cortos para que visitase pueblos y monumentos de España, viajes que debían ser para el muchacho como rayo de luz que barriese de sus ojos las telarañas del desconocimiento del ayer. Estos viajecillos aprovecharon a Cirilo para conocer algún tanto la vida práctica, para habituarse a sufrir el calor, el frío, las malas noches y las comidas medianejas, para avenirse a costumbres y usos distintos, perdiendo el mimo de su casa y el miedo a la ajena.

Bien desearía don Dámaso completar su obra ampliando este capítulo de los viajes, y alargando las correrías de su hijo, no sólo a las más adelantadas y cultas naciones europeas, sino a países remotos, como Norte América, verbigracia, a fin de que actuasen sobre su espíritu, juntamente con las finas, insinuantes y artísticas influencias de nuestra gastada civilización, otras más originales y más juveniles, y, sobre todo, más al diapasón de nuestro siglo. Pero aquí se estrellaban los intentos del excelente padre contra el mayor, más frecuente e insidioso de los obstáculos, o sea la falta de ese jugo sustantífico y vital que se llama dinero. Aunque la parsimonia de la esposa y la laboriosidad del esposo realizaban prodigios comparables al de la multiplicación de los panes y los peces; aunque los trabajos supletorios y las diversas ocupaciones que había logrado procurarse don Dámaso fuera de su empleo le proporcionaban ganancias muy lícitas y no des-

preciables; aunque los jefes de don Dámaso, habiendo llegado a considerarle indispensable en el negociado por su asiduidad, inteligencia y práctica, le fueron empujando al ascenso, y al consiguiente aumento de sueldo, es la verdad que sin embargo no pudo realizar su sueño de enviar a Cirilo por esos mundos de Dios, a correr cortes y realzar su educación singularísima con la variedad de impresiones y la experiencia precoz que proporciona el rodar por el vasto mundo.

Así y todo, diré en puridad que Cirilo, a los veintitrés años que dio por terminada su educación, era un pasmo de criatura. Versado especialmente, dentro del terreno de la ciencia, en la filología india y en la venerable lengua prákrita, tenía la ventaja de que, como estos dos ramos los han cultivado en España contadísimos individuos, tan contados que por los dedos se saca la cuenta, nadie sería osado a disputarle la supremacía. En arte tenía Cirilo salero especial para pintar unos caprichosos platitos al humo, que arañados después con un palillo, y barnizados, producían efecto sorprendente colgados en la pared; y demostraba aptitud notable para tocar la mandolina, raro instrumento de la Edad Media, cuyo sólo nombre recuerda mil escenas románticas. En los ejercicios corporales era maestro, y por prurito de aprender, había aprendido hasta a banderillar toros y a subir por cucañas untadas de sebo. Nada diré de su destreza para la esgrima y la equitación, nada de su rejo y vigor para la lucha, nada de su buena gracia para danzar y de sus proezas en el trapacio; únicamente advertiré que por reunirse en el muchacho los primores de las educaciones antigua, moderna y novísima, el doctor en idioma prákrito había aprendido un oficio, y con el garbo del mundo echaba gentiles medias suelas a unos zapatos o preparaba las cañas de unas botas.

Si a todo esto añadís la poca edad, la mucha robustez y brío, la gallarda disposición del cuerpo, la interesante y simpática del rostro, en fin, las prendas todas que esmaltaban aquella joya tan cuidadosamente montada por don Dámaso para lucir y resaltar donde quiera que se presentase, podréis comprender que el padre creyese llegado el punto de exhibirla y ostentarla, y que, inspirado por esta idea, llamase a su cuarto a Cirilo en presencia de su madre, y le dijese lo que verá el que siga leyendo.

II

— **H**IJO mío, bien habrás notado que tu madre y yo no hemos perdonado sacrificio para darte una educación que de fijo, en España, no la recibe ni mejor ni tan completa el mismo rey. En la seguridad de que no habíamos de tener otro vástago más que tú, agotamos contigo todo el cariño y la abnegación que Dios nos había dado sin duda para repartir entre veinte retoños. Nuestras vidas oscuras y sin goce no tienen más significación que la de haberte producido a ti, que sin duda estás destinado a otro vivir diferente, y tan superior al nuestro, como lo es un diamante a un guijarro. Pero todo tiene sus límites, hijo del alma, y has de saber que tu mamá se siente quebrantadísima de salud, y yo, por mi parte, no ando mejor: el depósito de mis fuerzas se encuentra exhausto. Quiere decir, que necesitamos reposar, cuidarnos unas miajas y echarle al cuerpo, viejo y en ruinas, un reparillo, pues de otro modo se vendría a tierra. Es preciso que tu madre tome una criada más, y tenga ropa abundante y de abrigo, y consulte a un médico entendido, y vaya a aguas donde se le alivie el maldito reuma, y coma bien, y duerma mejor, y se distraiga un poco la pobrecilla con el goce de asistir a algún teatro... en fin, mil cosas que sé que le hacen falta para no dar consigo al traste; y asimismo convendría que yo, cansino del trabajo árido a que me consagré y de forzar la máquina para que este trabajo rindiese lo necesario, tenga buena alimentación, vinito de Jerez, que es la leche de los viejos, libros que me distraigan, esparcimiento que me haga conllevar mis secatonas tareas. Todo esto, Cirilo, en dinero se cifra. Lo que gastábamos antes en tus maestros, —¡y cuidado que son caritos los señores maestros en Madrid!— y en libros, y en via-

jes, y en el picadero, y en el gimnasio, y en tantísima cosa como dentro de esa cabeza te hemos metido, ahora vamos a dedicarlo a nuestra comodidad y al cuidado de nuestros molidos huesos. A ti, de hoy más, te miramos como al paladín armado de todas armas, avezado a los ejercicios militares, dispuesto para entrar en la liza, y que sólo tiene que embrazar el escudo, asestar la lanza, y conseguir la victoria.

Cirilo oyó atentamente a su padre, sin interrumpirle ni dar la más mínima señal de impaciencia, en lo cual sin duda ya se revelaban los efectos de la excelente educación y cultura de su espíritu. Y así que vio a don Dámaso en actitud de quien aguarda respuesta, sonrió con agrado y dijo con convicción y sencillez:

—Está muy puesto en razón, papá, todo lo que usted piensa, y le aseguro que para mí será una satisfacción imponderable el que ustedes se cuiden y se regalen cuanto les sea posible, y alarguen así la vida, si cabe, mil años. Bien sé que no me juzga usted tan bárbaro ni tan egoísta que no haya sentido siempre gran repugnancia a verme mejor tratado de lo que se trataban ustedes. Vuelvan las cosas a su quicio, y yo señalaré la fecha con piedra blanca: pues como dice el Mahabarata, el padre es el sustento y el vigor del hijo, la cuerda de su arco y la pupila de sus ojos. En esto quedamos, y de esto no hay más que hablar por ser cosa tan natural, justa y obvia. Pero ya que la magna tarea de mi educación debe considerarse terminada, ya que soy el paladín armado para la lucha, permítame usted papá, que le pregunte: ¿cuál lucha es ésa; qué enemigos tengo que combatir y qué victoria es la que debo ganar? O más claro, y dejándonos de decir figuradamente lo que puede expresarse con lisura: ¿qué objeto se han propuesto ustedes al darme una educación tan superior a sus medios de ustedes y a mi categoría social? ¿Qué tengo yo que hacer; a qué debo aspirar; cuáles han de ser mis propósitos y mis actos, para corresponder a los fines de ustedes y para que no se desaproveche y malogre todo lo que por mí han hecho? Esta pregunta ya supondrán ustedes que no se me ocurre hoy, queridos papás; esta pregunta desde hace mucho tiempo me bulle en la boca y en el deseo, pero no me he resuelto a formularla, prestándome a atesorar habilidades y co-

nocimientos sin darme cuenta del para qué, y aguardando a que se revelase mi porvenir. Ea, pues: ya que ha llegado la hora, entérenme ustedes de mi providencial misión. ¿Hacia qué punto del horizonte dirijo la cabeza del caballo? ¿Qué empresas solicitan mi actividad y mi valor? Estoy dispuesto... digo mal, deseo de entrar en la liza a probar mi desnudo y mis fuerzas.

—Ahora —repuso el padre— es cuando empieza la liza para ti. Porque yo, que he sabido dirigir tu educación y consagrar a ella toda la médula de mi pobre vida, no sé, llegado el momento de aprovecharla, de gozar los frutos de mi sudor, decirte dónde y cómo los vas a recoger. Paréceme que es la educación algo análogo a la vida: un don precioso, inestimable, sin equivalente, pero que no se da a nadie con fin predeterminado ni con la obligación y estricto deber de emplearlo en esto o aquello; sino que las circunstancias y las aptitudes nos dirigen insensiblemente, y esta dirección sólo es capaz de modificarla el interesado, sin intervención ajena, pues nadie puede vivir en lugar de otro, ni sustituirse a otro en lo esencial. Así, pues, hijo mío, al declararnos tu madre y yo exentos del cuidado y gasto de educarte, por creer que hemos hecho lo muy suficiente, te emancipamos en lo referente a buscarte tu rumbo, declarándote intelectualmente mayor de edad, y dejándote dueño de tu albedrío. Posees diploma oficial de dos carreras, la de Derecho y la de Filosofía y Letras, y por lo tanto, te hallas en aptitud de seguir varios caminos, a tu elección; pero en tales diplomas no es, a mi ver, donde has de encontrar la senda que te lleve a la fortuna y a la gloria. Porque si bien tu madre y yo no queremos influir en lo más mínimo sobre la elección del fin a que consagres tu actividad; si bien queremos dejarte una libertad omnímoda y no echar en la balanza ni el peso de un consejo, estamos convencidos de que para algo grande y estupendo has nacido tú y te hemos preparado y adobado nosotros, a costa de privaciones y vigilijs. A ti te toca, pues, dirigirte, y a nosotros regocijarnos de tu seguro y esplendoroso triunfo.

De aquí no pudo sacar Cirilo a su padre, por mucho que insistió en pedirle opinión que le iluminase sobre tan difícil problema; con lo cual quedó Cirilo sumergido en un mar de confusiones, engolfado en mil dudas y recelos, y al par mecido por

las ilusiones más fantásticas y ardorosas, pues el vaticinio de su padre de que a algo inaudito y piramidal llegaría, le excitaba el cerebro, y a cada vuelta del pensar le parecía más verosímil y más próximo. Intentaba Cirilo adivinar lo futuro, y creía divisar, entre los limbos de lo que aún no tiene forma ni color, algo como ancha vía enarenada sobre la cual —a considerable distancia la una de la otra— se elevaban tres arcadas majestuosas, constituyendo una especie de carrera triunfal por donde pasaba, sereno e impávido, un hombre que tenía su mismo rostro, su mismo talle; que era, en suma, Cirilo en persona. Y Cirilo se estremecía, casi reventaba de placer, al considerar la magnificencia y, sobre todo, la expresiva significación de aquellas tres arcaditas. La primera, toda entretrejida de verde y fresquísimo follaje de mirto, estaba recamada de rosas lindas y muy fragantes, de los varios y vivos colores que tienen las variedades de esta preciosa flor: las había blancas como el sueño de una virgen, de un tono de nácar como las ilusiones de la juventud, amarillentas y pálidas como la nostalgia, encendidas como el deseo, de un púrpura sangriento como la pasión insaciable, sombrías como los celos. De este arco de rosas se exhalaba una fragancia tan exquisita, que enajenaba los sentidos y hacía perder la razón, pero con un enloquecimiento o trastorno muy grato, más delicioso aun para Cirilo, porque es fuerza confesar que con sus grandes estudios y la complicada mecánica pedagógica de su padre, Cirilo no había respirado rosas de cerca, y no estaba familiarizado con su deleitoso e insinuante perfume. La segunda arcada era de estilo enteramente distinto y de muy diferente materia: componíase sólo de bronce y mármol, todo labrado con admirable artificio, sin duda por el cincel del más diestro escultor del mundo, pues no se diría sino que Benvenuto Cellini, con su portentosa maestría, había ahondado aquellos relieves tan perfectos. Representaban asuntos alegóricos, todos referentes a escenas de victorias y de regocijos, de multitudes que se congregan para aclamar a un triunfador o a un héroe, de entradas bajo palio en populosas ciudades, entre olas de gentío, que lleva en la mano airoas palmas y a quien parece que se oye gritar *Hosanna*; de desfiles de ejércitos cargados de coronas de laurel y despojos enemigos, y a cuya cabeza marcha un joven

gallardo, arrogante, hermoso, con los cabellos flotando al aire, y la mirada destellando júbilo y altivez. Los carros parecían rodar; relinchar los indómitos corceles, hiriendo la tierra con el duro casco; la trompetería, rasgar el aire con sus estridentes sonos; el polvo, arremolinarse en densas nubes, que no conseguían, sin embargo, eclipsar el radiante sol de la victoria, cuyos destellos hacen refulgir las armas y encienden una aureola en las pálidas frentes. No se crea que todos los relieves del arco aludían a la gloria militar: en otros se veía a un mancebo rendido de sueño o de fatiga, descansando la cabeza sobre la mesa donde están esparcidos libros y papeles, y un alado genio, de flotante ropaje, depositaba un beso en su sien, le rodeaba con sus brazos el cuello, y le presentaba una lira, como anunciándole las preces y lauros de la poesía y del arte. En otros lienzos de la arcada aparecían escenas alusivas a luchas incruentas; un sabio entre alambiques y retortas, en el momento de realizar algún descubrimiento portentoso y para la humanidad utilísimo; un gobernante promulgando una ley de admirables efectos, y que los pueblos acogen con clamores de entusiasmo y gratitud. Y así sucesivamente representábanse en la arcada todos los casos en que un hombre, por alguna acción señalada y memorable, se eleva sobre los demás y se convierte en ídolo de la muchedumbre.

El tercer arco, si bien menos poético en su significación que los anteriores, no dejaba de atraer tenazmente los ojos de Cirilo. Era nada menos que de oro purísimo y macizo enteramente: lo que se dice de oro, desde la base hasta el coronamiento y el ático. Y aun esto del oro sería lo que menos resaltase en tan espléndido monumento: lo que completaba su magnificencia y rareza increíble eran las pedrerías de que estaba cuajado, y que por su tamaño y limpieza debían de valer un imperio. Desde el diamante claro y fulgente como una estrella, hasta el oscuro granate y el negro ónice; desde la perla de Golconda al zafiro oriental; desde el bezoar de mágicas virtudes a la casta amatista, allí estaban cuantos tesoros la tierra guarda en su seno, cuantas riquezas deslumbran en los sátrapas, todos los ricos minerales en que la naturaleza agotó luces y colores. Y con ser tan sorprendente en el arco portentoso aquella suntuosidad increíble, que

sólo se ve en los cuentos fantásticos, era lo que menos asombraba, pues una cualidad rarísima se advertía en él, y es que hacia su base confluían muchas sendas, que formaban como una estrella de innumerables radios; y estas sendas que partían del arco, se bifurcaban después y se repartían en otras infinitas que a su vez iban subdividiéndose, y abarcando todos, absolutamente todos los caminos del mundo, sobre el cual se tendían a manera de sutil red, sin que en el espacio del planeta pudiese decirse que existía ningún lugar al cual no se pudiese llegar presto, partiendo del arco de oro. Y no es eso sólo, sino que cuanto más se aproximaban al arco, más fáciles, anchas y practicables se hacían las sendas, de modo que podía asegurarse que tomando el arco por punto de partida, ni el viajero erraría la ruta, ni le detendría ningún obstáculo.

Al pronto Cirilo quedose un tanto perplejo, discurriendo cuál de las tres arcadas escogería para pasar por ella. Las tres le parecían encantadoras, dígase la verdad: dulcemente atractiva la de mirto y rosas; noblemente incitante la de bronce y mármol; tentadora y mágica hasta lo sumo la de oro y piedras. Y después de recapacitar y de sumar y recontar sus propios méritos, determinó Cirilo que pasaría sucesivamente bajo las tres.

III

ADOPTADA esta resolución, ni más ni menos que si las arcaicas vistas durante una especie de sueño con los ojos abiertos fuesen tan reales y verdaderas que las estuviese tocando con las manos, Cirilo empezó a pensar en cómo se obtienen a la vez los triunfos del amor, de la ambición y de la omnipotente riqueza. Y aquí, naturalmente, se iniciaron sus perplejidades.

Bien se le alcanzaba a Cirilo —aunque poco versado en la ciencia del vivir— que por mucho que supiese y valiese, por mucho que le adornasen los estudios y las gracias de la persona, estos méritos son como el diamante en la mina, y sólo al contacto de la sociedad refulgen y descubren sus luces y sus quilates. Para que el mérito de la piedra preciosa pueda estimarse, menester es que por algún medio lleguen a enterarse las gentes de que existe, y necesario sobre todo que las ocasiones y las circunstancias faciliten los medios de que luzca y sea contemplada. En resumen, Cirilo comprendía que era indispensable cimentar el edificio de su futura grandeza, felicidad y renombre, pero no veía ese pícaro cimiento, ese cabito en pos del cual, tirando bien y con maña, había de venir toda la madeja de un destino incomparable y deslumbrador.

Cirilo y su familia apenas trataban a nadie, pues no pueden asimilarse a lo que entendemos por *trato* las relaciones esencialmente interesadas y secas con maestros y catedráticos, y hasta con compañeros de aula, hoy que se ha suprimido la fraternidad escolar. Los padres de Cirilo por modestia y por evitar gastos; Cirilo por haberse abstraído completamente en sus estudios y en los ejercicios que los completaron, carecían de rela-

ciones, y mucho más de relaciones lucidas, de esas que ponen en conveniente evidencia, siendo como pedestal donde se destaca la figura. Con todas sus sabidurías, sus habilidades y sus gracias, nuestro Cirilo era en la corte uno de los infinitos sujetos anónimos que pasan y repasan sin que nadie vuelva la cabeza para concederles la limosna de una mirada, de un elogio, o de una murmuración. Ciertamente que si las aspiraciones de Cirilo hubiesen sido modestas y al alcance de la mano, podía empezar a lograrlas bien pronto, pues los jefes de don Dámaso y hasta el propio ministro del ramo de don Dámaso, estimando con justicia la asiduidad y la inteligencia de empleado tan probo, no se negarían a buscar para su hijo una plaza subalterna, desde la cual, por sus pasos contados y con gran cachaza y formalidad y algún favor, iría ascendiendo hasta lograr, al fin de su vida, la categoría de su padre o cosa análoga. Tampoco le sería difícil a Cirilo, después de tanto quemarse las cejas, hacer oposiciones a una cátedra, lo cual le aseguraría un mezquino sueldo y la probabilidad de vender a cinco duros el libro de texto que valiese tres pesetas; ni menos le faltaría el indigesto recurso de dedicarse a dar lecciones particulares, o de meter la cabeza en la redacción de un periódico, o de buscar un establecimiento comercial donde le dedicasen a llevar la correspondencia extranjera, o de ingresar en la carrera jurídica, o... Lo malo es que por ninguno de estos senderos veía Cirilo que se pudiese llegar ni siquiera a acercarse a las tres hermosas y sugestivas arcadas. Para recorrer cualquiera de esos caminos largos, oscuros, deslucidos y fatigosos, reconocía Cirilo que le sobraban más de las tres cuartas partes de su brillante y escogidísima educación. Para la cátedra, podrían servirle, si no el prákrito y la filosofía india, la química o el griego, pero tendría que prescindir de la pintura, la música, la equitación y la arqueología. Para la redacción del periódico no le vendrían mal sus conocimientos generales; pero las especialidades le estorbaban y la filosofía érale completamente inútil: quizá no le faltaría ocasión de ejercitar la esgrima del palo. En resumen, para cualquiera de las varias direcciones que podía elegir, Cirilo comprendía que bastaba con muy poco de lo aprendido, practicado y trabajosamente adquirido, y que si se trataba de ser catedrático,

tico, juez, empleado, periodista, o cosa por el estilo, no debió haber madrugado tanto la guarnición, como suele decirse. Cirilo no pensaba emprender carrera artística, dedicándose, por ejemplo, a la música, a la pintura o a las letras, pues si bien de todo esto poseía nociones y no cabía considerarle un profano, se le alcanzaba que para el arte es preciso haber nacido con especialísima gracia y disposición y llevar dentro del alma un no sé qué, y a la vez una afición invencible a ejercitar esos naturales dones, perfeccionando y desarrollando así la obra de la naturaleza, y llegando a dar a las facultades todo su empleo. Y Cirilo no notaba en sí afán de cultivar las artes cuyos rudimentos había adquirido, ni particulares disposiciones para ninguna de ellas. Asistía a un concierto, y se quedaba frío; tenía delante un cuadro de Velázquez o de Rembrandt, y sólo se le ocurría que estaba muy bien pintado; leía a Goëthe y a Homero, y aunque no dejaba de saborear sus obras maestras, no advertía prurito de lanzarse a escribir ni una mala redondilla. Confuso por esta especie de indiferencia, discurrió Cirilo si sería la ciencia su vocación preferente; pero tampoco por este lado vio luz, pues si no aborrecía el estudio y no le parecían tediosos los libros, ya era mayor su deseo de ver mundo y de iniciarse en los misterios de la sociedad, que el de continuar tratando asiduamente a la señora Urania. En suma, Cirilo, mirándose y remirándose hacia el espíritu, no consiguió averiguar dónde ardía la chispa misteriosa. Pero aunque no columbraba siquiera cómo escalaría las cimas, Cirilo estaba completamente seguro de escalarlas, y no con pacientes esfuerzos, con trabajo diario y asiduo, sino por un golpe de varilla mágica, o, mejor dicho, por imposibilidad absoluta de que la cantidad de fuerza sumada en él no cautivase a la suerte, trayéndola a sus pies enamorada y rendida. Esto sí que no podría fallar: tan seguro como el maná para los israelitas en el desierto. Una cosa era que no se sospechase cuándo ni cómo acudiría, y otra que acudiría la suerte, sin falta, y generosa y leal. Si no ¿a qué tanto trabajo y tanto esfuerzo invertido en la labor de su educación? Recordaba Cirilo que los libros sagrados y los poemas de la India hablan de ciertos bramanes que han sufrido maceraciones tan horrendas, que purificado y concentrado su espíritu, conviértese en eje del universo, y un

deseo de los tales bramanes es una orden para la obediente naturaleza. Algo semejante suponía Cirilo que iba a acontecerle, por la cantidad de energía que su educación representaba.

La misma relativa y aparente inutilidad de muchas cosas que le habían hecho aprender; el carácter puramente ornamental y poético de un lado de su cultura, indicaban que él era un escogido, un ser señalado de antemano para algo sublime, besado en la frente por la fortuna, como lo fue un día Napoleón. Su destino tenía que ser diferente de tantos y tantos destinos vulgares y prosaicos como veía a su alrededor: en esto sí que no cabía duda; ya la suerte, apoyado el blanco pie sobre la rueda de oro, esperaba sonriendo a dar la rápida vuelta que encumbrase a Cirilo hasta las nubes y le hiciese refulgir entre sus contemporáneos. Si Cirilo poseyese, como el emperador Vespasiano, alguna encina consagrada a los dioses, no le sorprendería verla retoñar prodigiosamente, ni que le dijese el oráculo que por alta empresa que meditase, podía estar seguro del éxito feliz.

En tal disposición de ánimo Cirilo, y mientras pasaban días sin que acabase de elegir ocupación ni carrera, un día que paseaba por matar el tiempo, encuentre de manos a boca con su antiguo profesor de esgrima, italiano inofensivo y bonachón, que respondía al terrible nombre de Aquiles Tagliatesta. Siempre se había mostrado el tal Aquiles cariñoso y bien intencionado con Cirilo, y donde se tropezaban discípulo y maestro se saludaban afectuosamente, preguntándose por su vida con gran interés, y acostumbrando Aquiles decir a Cirilo que si hallaba ocasión de servirle y serle útil, no la desperdiciaría. Esta vez conoció Cirilo, en el aire misterioso del italiano, que algo muy importante tenía que comunicarle; y acertó, porque el maestro de esgrima, después de arrastarle a un cafetucho, donde se sentaron en actitud de despachar dos colmados tanques de cerveza, le enteró de que tenía para él una excelente noticia, o, para hablar con propiedad, una excelente colocación, verdadera ganga, que ni buscada con un candil. Mientras el italiano, con la hiperbólica facundia de su raza, ponía la colocación en las nubes sin decir aún en qué consistía, Cirilo pensaba que, fuese lo que fuese, no sería sino una miseria, bien inferior y diferente de lo que él se prometía y aguardaba. Así fue que oyó al italiano con

una calma y una frialdad que dejaron parado al buen hombre, pues creía ofrecer a Cirilo cosa equivalente al premio gordo.

Tratábase nada menos que del puesto de secretario íntimo y particular del duque de Ambas Castillas, personaje empingorotado por todos conceptos, excelso en linaje, pingüe en hacienda, cargado de honores, y que precisamente en aquel momento desempeñaba altísimo puesto en la gobernación del Estado. Lo que Tagliatesta brindaba a Cirilo, no era un empleo, sino un cargo privado, que ejercería desahogadamente en la misma casa del duque, espléndidamente retribuido, comiendo a su mesa, tratado con suma distinción, y puede decirse que formando parte de la familia e investido con toda la confianza del magnate. Adelantándose a las preguntas que pudiese dirigirle Cirilo, Aquiles explicó que el duque, asediado por compromisos políticos, y acosado por recomendaciones todas de gran fuerza y peso, no había encontrado más medio de salir del apuro que dejarles iguales a todos, y buscar un secretario desconocido, que no le hubiese recomendado nadie, y a quien sólo abonasen sus propios merecimientos y condiciones. A este fin el duque investigó, escudriñando con maña aquí y allí, sobre todo en esferas sociales donde los intereses políticos no están en juego, y puede dejarse oír la voz de la verdad. Acostumbraba el duque hacer armas dos veces por semana a domicilio, bajo la dirección de Aquiles, y por el maestro de esgrima había averiguado la existencia de un mancebo de modesta posición, edad conveniente, instrucción maravillosa, y que en carácter, modales y figura, era cortado a la medida para el cargo que deseaba conferirle el duque. No bastándole los informes de Tagliatesta, había tomado lenguas, enterándose de multitud de detalles a cual más propio para confirmar los encomios del maestro de esgrima.

Supo la honradez, la competencia y el intachable comportamiento de don Dámaso; se enteró, no sin sorpresa, de lo escogido y variado y extraño de la cultura de Cirilo; encarecieronle su simpática postura y no común discreción; se cercioró de que no estaba afiliado a ningún partido, ni conocía a nadie, ni era, en suma, sino una tablilla cubierta de cera y lisa y rasa, preparada a recibir lo que grabasen en ella. Resolvió el duque grabar, por medio de la liberalidad y los beneficios, la lealtad y la

gratitud; determinó pagar bien y tratar óptimamente al joven secretario, y descargar en él el peso de ciertas tareas que ya le iban siendo enojosas, como extractar libros, recoger citas y argumentos para contestar a contradictores, redactar discursos, manifiestos y correspondencia delicada y peliaguda, y, en suma, tener en el mozo Hinojales un otro yo, pero un yo joven, sabio, activo, diestro y que podía ahorrar al verdadero yo ducal y político infinitas molestias. Hasta fue lisonjero para el duque saber que su futuro secretario era profesor en la esgrima, el tiro al blanco y la equitación, pues nada hubiese desagradado tanto al elegante señor como tener que habérselas con un pedante tímido y apocado, y le deleitaba encontrar un erudito forrado en *sportman* y fácil de transformar en *dandy*. Propúsose, pues, que el secretario quedase tan satisfecho de su situación, que no pensase en dejarla por otro puesto ninguno. Y ocho días después de la conferencia con Aquiles en el café, Cirilo, instalado ya en el palacio de Ambas Castillas, se ponía por primera vez de su vida el frac, para bajar a comer servido por criados de calzón corto.

IV

AL llegar aquí es necesario, para mejor inteligencia de esta historia, decir de qué personas se componía la familia del duque, entre la cual vivía Cirilo.

Habíase casado el gran señor en primeras nupcias con una dama de la más calificada nobleza, poseedora de varios títulos y dueña de fincas y rentas pingües, que constituían uno de los mejores y más saneados caudales de España. Falleció esta señora a los pocos años de matrimonio, dejando a su esposo en prenda de su unión, dos niños y una niña. Al mayor de los niños, lindo y robusto, se lo llevó al cielo la difteria; quedó el segundo, Fernán, todo retuerto y canijo, y la niña, Leonela, que, aunque pálida, desmedrada y sujeta a frecuentes ataques nerviosos, tenía mil adoradores que acudían formando enjambre, como moscas a la miel, porque era muy verosímil que, dada la mala salud y la vida licenciosa y calaveresca de su hermano, en la cabeza de la señorita Leonela llegasen a reunirse los bienes, títulos y grandezas de la egregia casa.

No encontrando el duque gran entretenimiento ni eficaz consuelo en la paternidad, solazó su viudez con diversas aventuras más o menos secretas, hasta que clavó la rueda de su voluntad una mujer seductora, una de esas mujeres que al cruzar serenas y desdeñosas por entre la multitud, gozan el privilegio de alzar un rumor lisonjero, himno de loores que entonan a su belleza cuantos tienen la dicha de admirarla. La nueva duquesa de Ambas Castillas era oriunda de Valencia y criada en Córdoba, y aliaba a la hermosura plástica la gracia divina propia de los países de luz. Morena y alta sin desgarbo, sus ojos negros, sus acentuadas facciones y sus labios curvos y turgentes recor-

daban la raza semítica, de la cual tal vez corrían por sus venas gotas de sangre. De la majestad de su cuerpo, de la forma tornátil de su cuello y brazos, de la atracción de su sonrisa, de otras mil perfecciones que podrían detallarse en la duquesa, nada contaré por no extender demasiadamente este tentador capítulo. Sólo añadiré, pues conviene para buena inteligencia del lector, que la duquesa era de familia acomodada y noble, aunque no tanto, ni mucho menos, como la del duque. Éste, al casarse, no había incurrido propiamente en lo que se dice *mesalianza*, pero, sin descender de un modo censurable, había hecho una boda de gusto y amor. La duquesa poseía hasta tres o cuatro mil duros de renta que el generoso marido la dejaba para alfileres menudos, sin contar otros alfileres de cabeza más gorda, que pagaba él contentísimo. Además, el duque tenía en su casa, como a cosa propia, a una hermana soltera de la duquesa. La tal hermana soltera, que jamás se apartaba de los duques, distaba mucho de poseer la espléndida beldad de la duquesa, y no obstante se parecían, en la estatura, el andar, y en ese indefinible *no sé qué* conocido por *aire de familia*. Llamábase Fina, y el nombre la cuadraba perfectamente, pues era suave y delicada en su trato, y de simpático y dulce carácter.

Entreteníase Cirilo en mirarse disimuladamente al espejo colocado sobre la chimenea, para enterarse de cómo le sentaba la nueva ropa y cerciorarse de que le caía como un guante, cuando fueron entrando en el saloncito que precedía al comedor las personas cuyo inventario queda hecho, amén de una institutriz alemana muy seria y de muchas libras. Primero bajó el duque, deseoso de quitar a su secretario la natural cortedad, de presentarle a todos y de colocarle desde el primer día en el pie de imperceptible y dorada dependencia que le correspondía allí. Hablóle con familiaridad y llaneza, pero en aquella misma llaneza de gran señor, notó perfectamente Cirilo el matiz de la relación que debía mediar entre ellos, y como discreto y altivo suprimió el *usted*, y mientras el duque le llamaba *Hinojales*, él se guardó muy bien de emplear otra fórmula que *el señor duque*. No ha de negarse que le causó esto alguna mortificación, pero supo disimularla. Poco después que el duque apareció la señorita Fina, vestida con modestia, de seda gris,

y sonriente y afable como de costumbre. Luego se dejó ver Leonela, que, ataviada con original coquetería y peinada con artístico refinamiento, realzaba los pocos atractivos que le había prodigado la naturaleza, y los realzaría mejor si no viniese, no se sabe por qué, fosca, de mal humor y encapotada. Detrás de Leonela no tardó en presentarse la duquesa, de blanco, con una sierpe de diamantes en el pelo, hecha un sol de buena moza, tanto que desde su aparición, parecía mejor alumbrada la estancia. Todas las señoras estaban escotadas, dispuestas a concluir la noche en el Real; y al dar el reloj las ocho y media sin que Fernán apareciese, el duque dispuso que se sirviese la comida, porque el caso era frecuentísimo y muchas las veces que el señorito comía en el Casino, en el Club o Dios sabe dónde.

En ese momento de silencio que generalmente acompaña a la operación de trasegar la sopa del plato al estómago, Cirilo, mirando a hurtadillas a su alrededor, tuvo tiempo de pensar mil y mil cosas que de súbito le cortaron el apetito. Sentado al lado de la señorita Leonela y casi frente a la duquesa de Ambas Castillas, sin vacilar un instante, sin que le contuviese ningún género de consideración ni se le apareciesen de relieve los obstáculos que podría encontrar un plan tan atrevido y loco, con la presteza del rayo decidió Cirilo que aquellas dos mujeres, las primeras que encontraba, tan altas, tan empingoradas en la cumbre de la sociedad, tan bien ataviadas, y tan distantes de él que probablemente ni notaban su presencia, podían servir de base a dos de las arcadas que había visto soñando despierto. La duquesa, con su mágica y fascinadora beldad, representaba la arcada de mirto y rosas. Leonela, con su fabulosa riqueza y sus rancios y altaneros timbres, era la arcada de oro. Y en cuanto a la arcada de bronce y mármol, o sea la que significa fama y gloria, ¿en quién podría Cirilo basarla mejor que en el ilustre prócer que le dirigía la palabra en aquel momento, o sea en el duque? El duque abriría a su *yerno* las puertas más cerradas e infranqueables; el duque empollaría y sacaría a luz su reputación; el duque le serviría de pedestal a él, a Cirilo Hinojales, y le daría el hilo conductor para orientarse al través de los laberintos de la política, hasta que pudiese recorrerlos

por cuenta propia, dejándose a su mentor muy atrás... ¡Y ya tenemos a Cirilo viendo palpables las tres arcadas, tocándolas con mano ansiosa y febril! Tan persuadido se sintió de que, en efecto, los hermosos arcos estaban allí, en el florido centro de aquella mesa misma, que empezó a acongojarle y producirle como una especie de trasudor el pensamiento de que tal vez iban a ser incompatibles dos partes de su destino, pues si otorgaba su preferencia a la duquesa, se celaría y enojaría mucho Leonela, y si optaba resueltamente por Leonela, la duquesa se había de sentir y hasta oponerse a la boda con todas sus fuerzas y su poderoso influjo. Y esto de la oposición de la duquesa consternó a Cirilo tanto, que estuvo a punto de creer fallidas sus esperanzas, por ser el obstáculo formidable. Con semejante incertidumbre y zozobra volvió a mirar y remirar a las dos damas, a fin de resolver allá en sus adentros cuál de ellas era más merecedora de que se cifrase en ella el porvenir. En semejante examen visual, no cabe duda que habían de estar por la duquesa todas las probabilidades de victoria. Era la primera vez que Cirilo —que, como sabemos, había vivido ignorante de las pasiones y apartado del trato con mujeres— veía tan de cerca a una, adornada con todas las perfecciones y gracias y capaz de trastornar el seso a un anacoreta penitente. Contemplando de soslayo a la duquesa, Cirilo sentía que por sus venas circulaba derretida y candente lava volcánica, y veía en el espacio lucecitas de colores y sentía el zumbido en los oídos que caracterizaba el paroxismo del deseo. La sola idea de merecer —o disfrutarlos sin haberlos merecido— los favores de aquella deidad, estremecía a Cirilo con toda la fuerza emotiva propia de los veinticuatro años, transportándole a regiones que se parecen mucho al paraíso. Como el marino que mira desde lejos la isla donde pronto sentará el pie, y se recrea en su verdor y feracidad, y ya cree aspirar el perfume de las flores y la deliciosa esencia de los sazonados frutos que penden de los árboles, Cirilo detallaba de antemano las divinas perfecciones que custodiaba el blanco corpiño, y se abismaba en la luz voluptuosa de los árabes ojos y en la sonrisa de la boca fresca como la flor del granado. Todo esto era, ¡quién lo duda!, un trasunto del cielo; pero también es fuerza confesar que otras veces las ventajas de

Leonela, aunque no encarnadas en algo tangible, se representaban con extraordinaria viveza a la fantasía de Cirilo. Juraría él que tenía presentes las dehesas, los olivares, los majuelos, las casas, los valores y títulos, y, en suma, todas las formas de propiedad que constituían la magnífica fortuna de la casa de Ambas Castillas; y además —suprimiendo con riguroso decreto al Fernán que no se había dejado ver— también divisaba coronas heráldicas, muchos blasones hermosados por el polvo de los siglos, y una gran consideración, que Cirilo hacía extensiva hasta a sus padres. Por no tacharse a sí mismo de interesado y de coburgo, pensaba el bueno de Cirilo que en todos sus planes de engrandecimiento y triunfo social entraba por mucho el lícito y honesto afán de compensar los sacrificios de los que le engendraron y otorgarles una vejez llena de dulces satisfacciones.

Cuando se engolfaba y abstraía en estos ensueños áureos, no sabiendo si decidirse por la duquesa o por Leonela, ocurrió algo que momentáneamente inclinó la balanza del lado de esta última. Y fue que la señorita, que, como dijimos, parecía estar de muy mal talante y hasta colérica cuando se presentó a comer, y que ni siquiera había mirado a la cara al secretario de su papá cuando se lo presentaron, de repente y como por casualidad convirtió los ojos a él, hacia la mitad de la comida, y no menos impensadamente empezó a dirigirle la palabra con vivacidad y empeño. Cambio tan repentino en la señorita fue la gota de agua que hizo desbordarse las ambiciosas ilusiones de Cirilo. «Me ha mirado —pensaba— y con sólo mirarme, ya está esta niña como electrizada, sin acertar a disimular la impresión que la produce.» Sin fatuidad alguna, bien podía Cirilo tenerse por guapo y buen mozo: acababa de decírselo el espejo en que se había contemplado con sus arreos nuevos, bien cortados, y su pechera blanquísima; así es que ni un punto dudó de que hubiese dado recto y mortal flechazo a la señorita Leonela, y que eran ciertos los toros de la boda, el ducado y todo lo demás. Lo que le desasosegaba mucho era que la señorita se derritiese tan de repente y tanto, en presencia de su padre y de su madrastra, que por fuerza habían de hacer a la boda una oposición terrible. A cada coquetería de Leonela, a cada palabrilla dicha con tono en-

tre despótico e insinuante para llamar la atención del secretario, Cirilo miraba de reojo a los duques, sorprendiéndose de no advertir en ellos ni la menor señal de desagrado o de alarma. Subió de punto la sorpresa de Cirilo, cuando, habiéndose empuñado Leonela en que las acompañase al Real aquella noche, el duque alabó la idea, apadrinó el proyecto en seguida, y sólo se le ocurrió el siguiente comentario: «Va usted a oír a Tamagno en una de las cosas que mejor canta. No he visto *Otelo* más admirable.»

Al Real se fueron, en efecto, después de saboreado muy tranquilamente el café. Apenas se instalaron en el palco, comenzó el desfile de visitas y la ceremonia de las presentaciones. De aquellos señorones y caballeritos a quienes Cirilo era presentado, unos le dirigían la palabra con interés y cortesía, y otros sólo le concedían una ojeada desdeñosa. Pocos le alargaban la mano, y algunos, después de hacerle una cortesía insolente de puro ceremoniosa, le volvían la espalda y se ponían a hablar por lo bajo con el duque, o a reír y bromear con las señoras. Sin embargo, Leonela no le desamparaba: y al entrar en el palco un señorito en extremo elegantón y perfilado, con venera roja en el frac, de mezquina facha y desparpajo sumo, —por la presentación supo Cirilo que era el marqués de Altacruz—, Leonela, en vez de atender a tan distinguido y notable galán, consagró más que nunca sus atenciones al secretario, y se puso a cuchichearle casi al oído, celebrando el palique como si fuese muy importante y donoso. Y el engreidísimo Cirilo notó con inexplicable júbilo que al señor marqués parecía saberle, como quien dice, a cuerno quemado la tal maniobra. Dos o tres veces intentó intervenir en la plática, y otras tantas Leonela le soltó una zarpadita o arañazo muy mono, que le obligó a retroceder. Cirilo estaba embriagado de vanidad y su embriaguez procedía, no sólo de los mimitos y atenciones de la hija del duque, —que le entregaba su abanico, le ofrecía una flor para el ojal, le convidaba a probar los bombones de un saquito de raso, y le tenía materialmente sujeto— sino de cierto suave y peculiar perfume que exhalaban el pelo y la ropa de la duquesa, y que ya había respirado en el coche. También se le subían a la cabeza las luces del teatro, la concurrencia esplendorosa y el arrullo de la música, himno con-

grado a su triunfo y a los incomparables destinos que le aguardaban.

Al retirarse a su habitación, al mirarse a su armario de luna, al desabrocharse el blanco chaleco, decía Cirilo enloquecido y extático:

—Pues, señor... iesto va viento en popa!

CORRIERON algunos días sin que Cirilo hallase motivo para no continuar alimentando las mismas ilusiones. El duque le trataba con extremada afabilidad, demostrando especial empeño en no hacerle sentir la dependencia de ningún modo humillante, y en enterarle de muchas cosas que conviene que sepa un joven si ha de abrirse camino en el mundo; y la señorita Leonela, si por momentos le torcía el gesto, parecía querer mortificarle y hasta le administraba algún arañacillo gatuno, seguía teniendo horas en que, girando la veleta, se mostraba tan pegajosa, tan zalamera y tan insinuante, que no se requería gran fatuidad para creer que en su corazón había abierto brecha el joven, discreto y apuesto secretario. Recobrado algo de la inevitable timidez de los primeros momentos, Cirilo empezaba a terciar sin cortedad ni empacho en las conversaciones, precaviéndose contra la indiscreción y el entrometimiento, pero sabiendo demostrar un aplomo que él mismo encontraba de muy buen gusto. Su vasta cultura y sus múltiples conocimientos tenían ocasión de manifestarse y de brillar, y más de una vez gozó el deleite vanidoso de que sus dichos arrancasen a los duques y a Leonela sonrisas, frases y expresiones de explícita y halagüeña aprobación. Sentía, como se siente un aire templado y perfumado que nos rodea y envuelve, la simpatía que iba despertando en los dueños de la casa, y el favorable concepto que gradualmente conquistaba y merecía. Esto le prestaba ánimos y redoblaba la intensidad y brillo de sus facultades. Notaba que empezaban a pedirle su opinión, a tomarle por árbitro en las pequeñas discusiones suscitadas entre la familia. El mismo duque, con bondadosa deferencia, propia de persona de tan es-

cogida educación y de tan gran señor, no se desdeñaba de consultar a menudo a Cirilo, rindiendo tributo a la superioridad y amplitud de sus estudios en determinadas materias. También la señorita Fina demostraba especialísimo afecto y bondad al secretario; y hasta el señorito Fernán, el primogénito, el heredero de la casa, tenía la delicadeza, rara en él, de tratar a Cirilo con una mezcla de fraternidad juvenil y de algo que parecía consideración a su valer intelectual, demostrada en frases capaces de envanecer a una estatua de granito. «Usted, Hinojales, que es un sabio, me dirá tal o cual cosa», solía exclamar el duquesito, pegando al secretario cordiales palmadas en el hombro.

En medio de estas gratas sorpresas, tan incitantes para el amor propio de Cirilo, notaba éste con terror que en la lucha que sostenían en su espíritu los hechizos de la duquesa y las riquezas y posición de Leonela, mal de su grado iba venciendo lo que menos convenía, o sea, que el ver de cerca y diariamente a una mujer como la duquesa, el beber la luz de sus pupilas y el recrearse en los juegos de la risa y de la palabra sobre el hendido rubí de sus labios, era gravísimo empeño para un hombre que no ha probado aún las amargas delicias de la pasión y que está en lo más lozano y brioso de una tardía y reprimida juventud. A pesar de las coqueterías felinas, desiguales y caprichosas de la señorita Leonela, Cirilo sentía que hacia la duquesa se le iban el alma y los sentidos, arrebatados por imán poderoso. Comprendía que por una palabra de la duquesa, por una de aquellas miradas que se clavaban en el corazón como saetas de emponzoñada punta, daría en tierra con la ambición, la gloria y todos los cálculos interesados, relativamente bajos y miserables. En resumen, lo que Cirilo veía en aquel momento y lo que le trastornaba el meollo, era el arco de rosas, el arco fragante y embriagador.

Había oído decir Cirilo —porque son cosas que corren sin que se sepa quién las averigua y las afirma— que la duquesa, a pesar de su radiante hermosura y los escollos que por culpa de ella la rodeaban, era dama de intachable reputación, que guardaba a su esposo el decoro y la fidelidad más estricta. Aunque aficionada al mundo y a sus pompas, y dada a divertirse, como mujer tan moza y de tan lucidas prendas, nadie podía alabarse de

haber conseguido de ella ni el más inocente favor. Se dejaba incensar, sonreía al incienso, lo respiraba, pero ni aun parecía ver a los turiferarios. A ser Cirilo un seductor de oficio, ducho en las artes de la galantería, esta fama de la duquesa le hubiese arretrado, haciéndole comprender lo arduo y difícil de la conquista. A Cirilo le encendió más y más. Parecía natural que hasta entonces el pecho de la duquesa hubiese sido de mármol, pero que por él se convirtiese en cera blanda y suave. Sentíase dispuesto a ofrecerla un amor ecuatorial, bien distinto de los insustanciales homenajes que la sociedad la brindaba diariamente. Creía que el cuarto de hora de la duquesa había sonado desde que apareció en escena el secretario de su esposo, y que así debía estar escrito en los astros, no habiendo más remedio sino que el decreto se cumpliera.

Cuando más alborotado y nervioso le traían estos pensamientos, sucedió una cosa que, no a él, sino a otro más práctico, y a cualquiera, hubiese puesto a dos dedos de la locura. Y fue que una noche, al retirarse a sus habitaciones, que estaban en el piso bajo de la casa de los duques y tenían reja y puertecilla al jardín, encontró en el suelo de su dormitorio una cartita cerrada muy cuca, sin sobrescrito, que se apresuró a recoger y que devoró con avidez, frotándose los ojos como quien ve visiones. El corazón le latía atropelladamente, y la cabeza le daba vueltas, mientras la sangre zumbaba en sus oídos con ruido torrencial. Lo primero que había conocido, aun antes de leer la carta, era que el papel era el mismo que usaba la duquesa para escribir sus billetes de amistad y confianza. Cirilo recordaba, por haberlo visto en dos o tres ocasiones en manos de la camarera o del portero encargados de enviar las esquelas, aquel papel de primorosa forma angostísima, de color agarbanzado y de sedoso crujir. Al romper el sobre, dos indicios nuevos le hicieron comprender mejor que sólo de la duquesa podía proceder la misiva misteriosa. En la cabeza del papel, finas tijeras habían recortado cuidadosamente algo, que era, a no dudarlo la coronita ducal de plata y colores; y del interior se exhalaba, dulce, delator e inequívoco, aquel perfume peculiar de la dama, ligera exhalación que al respirarla causaba a Cirilo vértigo indecible. La letra —Cirilo la conocía por haber echado una rápida

ojeada a las esquelitas vistas en manos de la camarera o del portero— confirmaba la suposición: aunque ligeramente disfrazada, y muy impersonal, como suelen ser las letras aristocráticas, de la duquesa era sin duda alguna; Cirilo la hubiese distinguido entre mil.

Póngase el piadoso lector en el caso del joven secretario, y dígame qué sentiría al repasar la carta, y ver que era de amor, lo que se dice de amor, aunque de amor muy velado, sutil, vaporoso y metafísico. El encogimiento más lisonjero para Cirilo había dictado aquella epístola; se veía que luchaban allí la vergüenza que contiene la pluma, y la afición que la estimula y atropella. Decía la anónima corresponsal (pues la carta no tenía firma alguna) que apelaba a aquel medio para dar a entender su estado de alma, por no atreverse a indicarlo de otro modo, temerosa de las burlas del mundo y las bellaquerías de la gente, que no comprende ni compadece las enfermedades del corazón. Añadía que su amor era puro y elevadísimo, y que, *por lo pronto*, sólo aspiraba a que no fuese acogido con sentimientos menos sublimes de los que revelaba la carta. Insistía en la necesidad de guardar mucho secreto y precauciones infinitas para evitar el enojo de *ciertas personas*, y sugería que la respuesta debía ser colocada a tal hora, en determinado mueble del recibidor que precede a las habitaciones de la duquesa. Prevenía mucho a Cirilo contra las coqueterías de Leonela, advirtiéndole que era una niña sin corazón, que se casaría por interés y orgullo, pero se complacería en burlarse del joven secretario y hasta en despreciarle si le creía rendido. En su estilo y aun en sus repeticiones, la carta delataba el desorden y la turbación de quien ama de veras.

Alimenta el minero que se dedica a buscar pepitas de oro lavando la despreciable arena, constante aspiración a encontrar una de extraordinario grosor, de esas que por sí solas constituyen para el que las halla una fortuna. El infeliz achicharrado por el sol y rendido por el cansancio, se pasa la vida soñando con el hallazgo inestimable que ha de darle de un golpe libertad y dicha. A cada momento se imagina que ya tiene la pepita entre las manos, y cree ver el lindo color mate del oro nativo. De repente, ¡oh cielo piadoso!, la pepita aparece, gruesa, pesada, enor-

me... y el lavador de arena duda de sus ojos y no da crédito a la felicidad que momentos antes firmemente esperaba... Algo así le sucedió a Cirilo. En la primer sorpresa —a pesar de su fatuidad inocente e involuntaria— dudó si el papel que acababa de leer era carta verdadera, y se frotó los párpados y se llevó las manos a la frente, a fin de evitar que se le escapase la razón...

No se acostó hasta la madrugada. Febril, agitadoísimo, garra pateó más de media docena de respuestas, sin que ninguna le satisficiera, hasta que logró concentrar en una de ellas todo el fuego de la sensibilidad y la quintaesencia de la amorosa gratitud. Nótese que si bien era Cirilo novicio en estas lides, le servía de mucho para entrar en ellas con ventaja la memoria y la lectura. Recordando páginas incandescentes de la *Nueva Eloísa*, del *Werther*; de la correspondencia de la señorita Aissé, y fragmentos de otras obras literarias modernas y antiguas, y envolviéndolo todo en un baño de poesía y de entusiasmo suministrado por su propia pasión, logró componer una carta de la cual no quedó descontento. Respiraba la carta ardor caballeresco; declaraba que no trataría de forzar el transparente incógnito de la bella, y que en público refrenaría sus ojos y velaría cuidadosamente para no infundir sospechas a nadie; pero que esperaba, en compensación, otras páginas más terminantes, que vienesen a ofrecerle la certeza de su ventura, en la cual aún no osaba creer. Como discreto y enemigo de traer a colación nada desagradable, Cirilo se guardaba bien de hacer la menor alusión al duque, ni a los sagrados deberes que por él infringía la duquesa. Y al día siguiente, a la hora que señalaba la epístola, Cirilo depositó la suya en el mueble, diestramente escondida, y se retiró al punto, como le mandaban.

Por la noche, en el comedor, Cirilo, aun cuando trató de guardar el mayor disimulo, de estar lo mismo que todos los días, no pudo menos de buscar a hurtadillas las pupilas de la duquesa. Y hubo un momento... en que le pareció que se fijaban en él con insinuante energía. No sabía Cirilo que las mujeres muy hermosas tienen, entre otros encantos, el de mirar involuntariamente a los más indiferentes con algo de amoroso efluvio. Sí: aquellos magníficos ojos árabes expresaban mundos de ternura y de poesía. A no dudarle, la duquesa había leído la carta de Cirilo:

tal vez la llevase guardada en el seno, allí donde el negro terciopelo del traje, encuadrando la blancura de la soberbia tabla de pecho, ostentaba un riquísimo broche de limpias y celestes turquesas, rodeado de resplandeciente pedrería.

A la noche, al volver a su cuarto, Cirilo encontró la anhelada respuesta. La incógnita suplicaba encarecidamente que no se formase de ella mal concepto por haber tenido la aparente ligereza de escribir a un hombre y de mostrarse prendada de él. Era que la incógnita apreciaba en todo su valor las raras prendas de Cirilo, hasta para él mismo ocultas. Ella había sabido discernir su mérito, su instrucción, su talento, su educación completísima, y comprendido que era Cirilo de esos hombres que rara vez se encuentran y donde quiera que aparecen deben fijar la atención más que otros, a quienes sólo recomiendan y distinguen el nacimiento y la fortuna. De todos modos, la incógnita, algo ruborizada de la impetuosa contestación del mancebo, se proponía guardar en lo sucesivo gran reserva, probar a su adorador rendido, a ver si en constancia y firmeza rayaba tan alto como en fuego y vehemencia repentina.

Excusado parece advertir que en seguida respondió Cirilo, y se estableció una correspondencia larga y tendida entre él y la incógnita, sirviendo de estafeta ya el tallado mueble, ya una jardinera con plantas, colocada a la parte de afuera del tocador de la duquesa, ya la cara interior de un cuadro de Albano, ya el ángulo de un tapiz, entre dos clavos y bajo la tela. Los temas favoritos de las epístolas eran cual se deja entender: Cirilo apremiaba solicitando una entrevista, donde se cerciorase de que su dicha tenía algo de real y auténtica: la dama resistía, aplazaba, alegaba el temor, la vergüenza, el riesgo, los inconvenientes que en casos tales se suelen alegar... —Por último, la proximidad de un acontecimiento que se anunciaba en casa de los duques proporcionó ocasión para señalar la cita. Habíasele antojado a Leonela, en uno de sus arrechuchos de zambra y bullicio, que sería cosa muy linda dar un baile al cual todas las señoras asistiesen de capuchón de encaje blanco, sobre traje blanco también, y luciendo, como único adorno y distintivo, una franja de flores que descendiese desde el pecho hasta el talle. El traje debía ser uniforme, pero en el distintivo cabía variedad: cada señora podía

lucir su favorita flor. Los hombres llevarían capuchones negros. Claro que lo de los disfraces no era sino un recurso para animar algo, desde los primeros momentos, la fiesta, pues por lo demás, ni los duques habían de dejar entrar a nadie desconocido, ni los blancos antifaces tardarían mucho en caer, transformando en acompasado y ceremonioso baile lo que empezase con el alboroto y jarana propios de la temporada carnavalesca.

Sin embargo, esas horas concedidas a la máscara y a la relativa libertad que ofrece, Cirilo contaba aprovecharlas; la dama de los billetitos y él se encontrarían en el jardín de invierno, cerca del grupo de amores de mármol rosa que bailan alrededor de una hoguera. La espesa sombra de los gomeros y palmeras protegería un breve y delicioso coloquio, tal vez decisivo, y de cualquier modo anhelado, como anhela el sediento la gota de agua que ha de refrigerarle.

VI

DOS o tres días antes del señalado para la función, el duque se encaró con su secretario, en ocasión de hallarse los dos despachando correspondencia, que el duque minutaba y Cirilo había de contestar después extensamente con arreglo a la minuta; y tomando del cajón siempre entreabierto un excelente cigarro, y tendiendo a Cirilo otro, díjole afectuosamente:

—Oiga usted, Hinojales; yo no he querido jamás que se creyese de mí que tengo la sombra del manzanillo, que lo esteriliza todo en derredor. Al contrario: me gusta ser árbol de buen arrimo. Ya habrá usted oído que hice hombre a Orduña, el que es hoy gobernador de Cádiz: y mire usted, aquí en confianza, Orduña, valía muy... muy poquito. Aquello fue sacar de un leño un santo milagroso. Con usted ha de ser más fácil y más lucida la empresa. ¡En usted hay veta, hay persona!...

Confuso, y aun algo punzado de remordimiento, Cirilo se inclinó, afectando una modestia que desmentía su radiante e involuntario sonreír.

—Estoy —añadió el duque— muy contento del desempeño de todo lo que hasta hoy he encomendado a usted. Las notas para mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias morales y políticas, son tan nutridas, tan curiosas, tan originales, tan de primera mano, facilitan tanto el trabajo, que para lo que falta ya por hacer... se podría decir que será obra de usted el discurso. Gracias a lo que usted revolvió en los *Diarios de Sesiones* de las anteriores legislaturas, he dado dos o tres buenos revolcones a mis adversarios políticos en las Cortes. El informe para la Comisión es de oro. El artículo *inspirado* al *Criterio dinástico* ha producido un efecto sorprendente. En fin, usted ha aligerado mis tareas; y

se ve que ninguno de esos trabajos es arco de iglesia para usted, porque tiene usted fondo de repuesto en lo que ha estudiado y en lo que sabe. Pero el mundo es de tal manera, Hinojales, que usted podría valer doble de lo que vale, y quedarse toda su vida arrinconado, si la casualidad no le hubiese puesto en contacto conmigo. Sus aptitudes de usted son generales y varias, y, sin embargo, difícilmente encontrarían aplicación, a no haber podido apreciarlas quien las puede también presentar al público.

—Es muy cierto, señor duque —respondió Cirilo con franqueza.— A usted deberé seguramente el poder usufructuar cuanto he atesorado. Pero el que usted, absorbido por tan graves quehaceres, no tenga tiempo para buscar unas notas de mala muerte, no significa que no sepa usted cien veces más, en todos los terrenos, que este pobre estudiante.

—No achicarse, no achicarse —repuso el duque visiblemente satisfecho y lisonjeado a su vez, porque Cirilo había pronunciado aquellas palabras con expresión muy noble y sincera.— Lo que he querido decir es que por bonitos muebles que ponga usted en una habitación, mientras no dé usted luz a las lámparas, no se ven las preciosidades. Deseo ser, para usted, la claridad que descubre y realza los objetos de valor. Estimo demasiado sus servicios de usted para privarme de ellos en algún tiempo; pero no seré tan egoísta que por aprovechar un secretario útil le corte las alas. Al contrario: le haré a usted volar. Al terminarse la legislatura presente y procederse a nuevas elecciones, o pierdo mi nombre, o usted tiene su acta.

Sintió Cirilo a estas palabras un choque eléctrico. La palabra *acta* ejerce sobre nuestra juventud mágica y misteriosa influencia. Un acta no es nada y lo es todo: se parece a la *miliaria aurea* de la antigua Roma, que servía de centro al universo. Y un pensamiento impertinente cruzó por la cabeza de Cirilo: si él conseguía aprovechar bien alguna de aquellas rachas de predilección que le demostraba la señorita Leonela... ¡ni dado ni gracias! ¡Acta y aun actas le había de regalar a montones su *señor suegro*!

Como si el duque leyese, en cierto modo, en el alma de Cirilo, y se adelantase a formular ideas que no podía expresar el secretario, añadió, soltando la ceniza en un cenicero de plata repujada:

—El acta es el a b c de cualquier posición, es el cable a que tienen que agarrarse todos, si han de empezar a salir a flote. Bueno: pues del acta me encargo yo. Conseguida el acta, es preciso que se dedique usted a pensar en otra cosa... ¿No adivina cuál? Vamos, que a sus años de usted no aguardaría yo a que me la sugiriese nadie. Se trata de una mujer. ¡Una mujer que vea en usted prendas personales suficientes para compensar la falta de caudales y de un hombre ya hecho, de esos que se imponen... y que le traiga a usted en las blancas manecitas siquiera un millón de reales!... Créame usted: tales fénices no son muy difíciles de encontrar, y usted sería el menos listo de los solteros si no indagase pronto dónde anida media docena de fénices —sea en su futuro distrito, o en Madrid,— para escoger, de la media docena, lo que más agrade, lo que más responda a sus aspiraciones de usted.

Aquí Cirilo se sintió invadido por una ola de ingratitud burlesca e involuntaria. Parecíale muy cómico que el duque se mostrase tan solícito en indicarle como medio de engrandecimiento una mujer; pero reprimiendo sin dilación al mal instinto, trató de reconocer con reverentes y discretas frases el buen deseo del duque, y le aseguró que estaba dispuesto a seguir en todo y por todo sus consejos, añadiendo, no sin ciertos asomos de doble intención sarcástica, que por mucho que, gracias a tan inestimable dirección, mejorase su suerte, su mayor deseo era que ésta consistiese en no apartarse nunca del lado del señor duque, en seguir unido a su casa todo lo más íntima y estrechamente que fuese dable.

Después de tal conversación, se halló Cirilo en uno de esos estados de exaltación moral y de plenitud de espíritu, que elevan a un hombre al quinto cielo. Allá en no muy remoto porvenir veía sentadas las bases de la posición política y social: muy cerca, el momento en que las insinuantes e imprevistas libertades de Leonela le diesen pie para intentar una entrada por asalto en el frívolo corazón de la señorita; y más próximo aún, tan próximo como el día de la fiesta, que ya se acercaba, el instante divino en que la duquesa, envalentonada por el antifaz, dejase asomar a sus labios la confesión del sentimiento revelado en sus perfumadas epístolas.

Tarde para la imaginación, como todo lo que ardientemente se desea, pero en realidad a su punto y hora, llegó la noche de la fiesta de los duques. Notó con alegría Cirilo que si la fila de salones, el comedor, las antecámaras, el fumadero y hasta la galería se encontraban iluminados con esplendidez, derrochándose luz eléctrica en centenares de globitos y corolas, en el jardín de invierno una mano previsoras y sin duda omnipotente en la casa había conservado la más deliciosa penumbra, que por los sitios donde se agrupaban plantas algo frondosas casi podía llamarse oscuridad. Recorrió el jardín como por curiosidad Cirilo; estudió el sitio donde los helechos y las lantanas, de lozanía tropical, servían de marco al corrillo de amores de mármol rosa; y percibió que allí, más que en parte alguna, la impertinente luz se había escatimado. Estas precauciones, que únicamente podían provenir de quien, como la duquesa, mandaba en aquel palacio, alborotaron más y más el corazón del joven, e hicieron girar su sangre impetuosa y encendida. El convenio con la incógnita era encontrarse en tal sitio a la media noche en punto, porque poco después se calculaba que empezarían a caer los antifaces.

Desde las diez y media se poblaron y animaron los salones: la notita original de los disfraces blancos había engolosinado a la sociedad, y como los duques no solían prodigar sus recepciones, y en las que daban no omitían gasto ni primor, de los convidados sólo dejaron de asistir los que se hallaban imposibilitados por enfermedad o algún motivo igualmente poderoso. Las damas hacían encantador efecto con sus albos capuchones de blonda española, de encaje francés, de fino tul o de crujierte seda, realizados por la franja de flores naturales, en que consistía el verdadero lujo del disfraz, pues se habían encargado flores raras a todos los puntos de España y a París y Niza también, y alguna de aquellas cintas de orquídeas o de violetas de Parma valía un puñado de duros. La mayoría de los hombres, sobre todo los solteros, llevaban dominó y antifaz de raso negro y su correspondiente ramito al izquierdo lado.

Cirilo no se había puesto aún el dominó. Lo tenía de reserva en sus habitaciones, a las cuales podía pasar por varios sitios, por el fumadero, o saliendo del jardín de invierno al otro jardín.

Pensaba vestírselo cuando conviniese a su plan amoroso. Apoyado en una columna de la galería de las porcelanas, vio organizarse el primer rigodón, y no quiso bailar, porque los pensamientos que le exaltaban le hacían preferir una semisoleidad, un sibarítico aislamiento en medio del buceo de la fiesta. Después del rigodón preludió la orquesta un vals, y al punto mismo notó Cirilo que se le aproximaba cierto grupo, formado por una encapuchonada vivaracha, delgadilla, que parecía tener azogue, y un caballero de no muy buen talle, que ostentaba sobre el dominó una cruz de Montesa hábilmente ejecutada con florecitas diminutas. No se necesitaba gran penetración para reconocer en la encapuchonada a la señorita Leonela, porque sobre los inequívocos indicios del aire y de la actitud y de los contornos que el capuchón revelaba, Cirilo sabía que las dueñas de la casa lucirían sobre el disfraz ramos de *muguet*, y de esta blanca y fragante flor era la franja prendida del hombro a la cintura de la máscara. El caballero parecía pedir algo, muy rendido y suplicante; la tapada rehusaba desdeñosa, arisca y mofadora. Él solicitaba el favor de aquel vals, y se negaba ella con terquedad y desabrimiento. Por fin, ante un ruego más insistente, ella se volvió de súbito, y tomando el brazo de Cirilo, «Aquí está la pareja a quien prometí este vals», exclamó. Una inspiración atrevida, un repentino cálculo estratégico, dictó a Cirilo las palabras siguientes: «Por cierto que ya iba a reclamar mis derechos, figurándome que los olvidaba usted.» Y ciñendo el talle de Leonela y dejando con la boca abierta al dominó de la caballerisca cruz, lanzose al torbellino, bendiciendo una vez más la previsión de los amorosos padres que le habían enseñado, entre tantas graves disciplinas humanas, la al parecer inútil y baldía ciencia de girar a compás al son de la música, con garbo, maestría y airosa disposición. Desde las primeras vueltas de aquel vals, comprendió Cirilo, rebosando orgullo, que ya no encontraría ocasión más favorable para dar un paso decisivo con la hija del duque. El capuchón, el antifaz, la distinción de que acababa de ser objeto, la proximidad de dos cuerpos enlazados por la cadena vertiginosa y dulcemente mareante de la danza, eran ventajas que sólo un necio podría no tomar en cuenta; y como la esmerada educación física y la gimnasia corporal habían pres-

tado a Cirilo esa energía y resolución que procede de la fuerza y de la salud, guardose bien de desperdiciar tan únicos momentos, y sin vacilar murmuró al oído de Leonela cuanto puede sugerir la ambición disfrazada de amor, y oculta bajo los encajes y las flores de la pasión sin esperanza. Leonela escuchaba con avidez, y bajo la diminuta careta de raso veía Cirilo relucir los ojos y observaba cómo se enrojecían las orejitas menudas donde danzaba una perla redonda, mientras una emoción inequívoca hacía subir y bajar el menguado seno, y doblarse el talle y casi caer sobre el hombro de la pareja una cabeza vencida y subyugada por turbación indefinible... No era preciso ser zahorí para interpretar tales signos, ni brujo para descifrar el sentido del ardoroso «creo que sí», respuesta a una pregunta de Cirilo, arrogante y tierna a la vez... En términos que, sin pecar de insolente, el secretario se atrevió a valerse de la confusión del gentío para llegar a su pecho, el pecho de Leonela, estrujando a la vez su flaca mano, calenturienta a través del guante.

«Pedir más sería gollería», pensaba el secretario, cuando, terminado ya el vals, dejó a la inmutada Leonela entre un grupo de amiguitas, todas encapuchonadas y muy bullangueras y reidoras. Cirilo se apartó, no sólo por hábil cálculo, sino porque se acercaba la hora de vestir el dominó y empezar a maniobrar hacia el rinconcito del jardín de invierno. Acababa de ver pasar a una encapuchada del porte y silueta de la duquesa, y en el mismo instante en que hacía el soliloquio de que también ella esperaba el momento, Cirilo sintió sobre su hombro una mano; volviose, y vio el dominó de la cruz de Montesa hecha de flores, que le interpelaba brusca y descortésmente. El diálogo fue rápido y sustancioso: —«¿Se puede saber dónde has aprendido a mentir con tal frescura, señor secretario?» —«En la misma cátedra donde tú cursaste la necedad.» —«Agradece que respeto la casa donde estoy: a no ser así, tendría gusto especial en soltarte...» —«¿Una bofetada? Basta la intención. Yo se la pagaré a usted en moneda contante, señor marqués de Altacruz.» —«Pues espere usted la visita de un par de amigos míos mañana.» —«Se les recibirá, y ni ellos ni usted tendrán que quejarse de mí.»

Hay instantes en que los acontecimientos se precipitan de un modo tal, que no dan tiempo ni a sentir temor, ni a especular

sobre lo futuro. Caminamos en medio de un vértigo, perdiendo el sentimiento de la realidad. Esto le ocurrió a Cirilo. Lejos de reflexionar y de romperse el meollo cavilando que tenía un lance en perspectiva, y con un regular espadachín, Cirilo sólo pensó en correr a su cuarto, vestirse el negro dominó, ajustarse el antifaz, y deslizarse en el jardín de invierno aguardando a la desconocida, o sea a la duquesa, pues para él era lo mismo. Ya faltaban pocos minutos; en breve la blanca forma soñada y anhelada se aparecería entre los árboles.

Acercose al artístico grupo de amorcillos, y con un movimiento feliz, que supo hacer que pareciese impremeditado, si alguien por casualidad lo observaba, rompió la bombilla de luz eléctrica que, oculta entre el follaje, iluminaba misteriosamente aquel rincón. Como el sitio puede decirse que estaba solo, nadie había de reparar en la hazaña, realizada tan a tiempo, que ya una mujer encapuchonada, penetrando tímidamente en el recinto, se acercaba con furtivo paso. Al reconocer Cirilo la estatura y el aire de la duquesa, se precipitó, no sin arrebató imprudente, y tomando las manos de la aparición, la arrastró hacia el sitio más sombrío. Ciego, demente, trémulo de felicidad, Cirilo desplegó en un minuto toda la retórica que la pasión dicta y enseña; y tanto dijo, de tal manera se explicó, que convenció a la tapada de que aquella peligrosa entrevista lo sería mucho menos, y al par tendría muy diferente dulzura, sabor y gracia, si por la puertecilla del jardín de invierno saliesen al otro jardín y en diez segundos se encontrasen a salvo en la misma estancia de Cirilo. Previsto estaba todo: no había luz para que no se filtrase por la reja un rayo inoportuno y delator; echadas las llaves que comunicaban el aposento, a fin de que ningún criado pudiese atisbar; y en el bolsillo de Cirilo la de la puertecilla que comunicaba con el jardín, teniendo así asegurada la salida por dos o tres puntos, a prevención de cualquier sorpresa. La encapuchada se asustó, dudó, resistió, puso objeciones, cedió al fin...

VII

AL otro día de la memorable fiesta, Cirilo se despertó de un sueño de oro, luz y fuego, con la noticia de que el duque le llamaba urgentemente a su despacho. Levantado a prisa, no sin cierta alarma, y vestido en un decir Jesús, no necesitó Cirilo sino mirar a la cara del duque para comprender instantáneamente que aquel señor *sabía algo*.

Algo, sí; ¿pero qué? ¿La escena del vals con Leonela? ¿El inminente duelo con el marqués de Altacruz? O más bien, ¡cielos vengadores!, ¿el episodio del jardín y su incomparable desenlace, cuyo recuerdo aún le producía un estremecimiento de profunda y soñada dicha?

Mas, ¿cómo cabía que supiese esto último el duque? Cerrada y oscura la habitación; apagado el diálogo, en que más que palabras hubo una mímica del cielo; cauta la salida, con mil precauciones; relativamente breve la entrevista; imposible de advertir, en noche de máscaras, una ausencia tan corta del salón... a no ser que el mismo diablo, que todo lo añasca, hubiese enterado al ofendido esposo... Y si éste no estaba al tanto de lo ocurrido, ¿qué significaban aquel gesto sombrío y fosco, aquellos ojos destellando ira, aquella voz dura, sibilante y seca, como un latigazo, con que el duque dijo a su secretario, mientras le mantenía de pie con la actitud y acentuaba la mortificante ironía:

—¡Bien ha correspondido usted a mis atenciones, señor Hinojales! ¡Bien! ¡Cada cual se porta como quien es... y usted es hombre de fiar!

—Señor duque... —balbució el culpado, pronto a arrojarle a los pies del magnate y pedirle perdón, tal se encontró de aturdido y tanto le llegó al alma el reproche.

—Los ingratos —añadió severamente el duque— rara vez cobran el precio de su ingratitud. Siento haber calentado en el pecho una víbora, pero esto me servirá de lección, haciéndome en lo sucesivo más cauto. Yo sabré mirar mucho a quién introduzco en mi casa.

—No soy ingrato, señor duque, no —exclamó afligido Cirilo.— La fuerza de la pasión me ha extraviado. Un sentimiento irresistible...

—A otro perro con ese hueso —repuso prontamente el duque.— Bien sabemos el valor de semejante excusa. ¡La pasión! Veo que es usted mozo de más cuidado de lo que parece, y cuando el otro día le di a usted consejos para el porvenir, no debió usted de reírse poco de mi candidez. Muy ajeno me encontraba de creer que ya había usted planteado bajo mi techo el socorrido sistema de la caza de gangas matrimoniales. ¡No se podrá decir de usted que no pica alto! ¡Por vida del señorito, ira de Dios!

—De Leonela se trata —pensó Cirilo respirando un poco, pues le parecía que de dos males el menor era aquél. Las palabras que el duque añadió inmediatamente y sin endulzar el tono de enojo y desprecio con que se expresaba, dejaron atónito al secretario, causándole el efecto de una ducha de agua helada, despedida con violento empuje.

—A pesar de todos mis consejos; desoyendo mis advertencias y rehusando otras soluciones más racionales y más conformes con su interés, mi cuñada Fina jura y perjura que después de lo acaecido no tiene más recurso que casarse con usted sin demora, en lo cual, por otra parte, según dice, sigue los impulsos de su corazón, pues asegura que se ha prendado de usted desde el mismo día en que le ha visto.

—¡Su cuñada de usted, señor duque! —exclamó Cirilo con el más profundo asombro.— ¿He oído bien? ¿Se trata de la señorita Fina?

—¿Pues de quién se había de tratar? ¡Hágase usted de nuevas!... Ella misma me ha confesado la verdad, y que anoche perdió la noción de su decoro, hasta el punto de que... de que va usted a ser mi concuñado; y me parece que, para principio de carrera, no es malo el salto que ha sabido usted pegar... Ade-

más, yo no ocultaré a usted que, por amor propio, por egoísmo bien entendido, he de procurar elevarle a usted lo más posible: pero cualquiera que sea mi esfuerzo por hacer de usted un personaje, en el fondo de mi alma, amiguito, en el fondo de mi alma le he juzgado a usted... y le considero un vividor de la peor ralea, y, sobre todo, oígalo usted bien, un ingrato.

Mientras el duque se producía así, Cirilo hacía una serie de rapidísimas reflexiones para tratar de descifrar el extraño enigma. No cabía duda: el duque había sospechado de la duquesa; tal vez había visto salir del cuarto del secretario a la dama rebozada en su capuchón, y Fina se sacrificaba por salvar a su hermana, por dejar su honor a cubierto, y él tenía que imitarla, emulando su heroico sacrificio.

—Señor duque... —murmuró aturdido— confieso que no sé qué pensar ni qué decir... Su enojo de usted me aflige, me destroza el alma, y le ruego que no siga hablándome en ese tono, y que tenga compasión de mí. Por firme que sea mi propósito de no faltar al respeto que le debo por tantos estilos, temo que una frase injuriosa me lastime demasiado y dé al traste con mi sufrimiento, y desearía que no le quedase a usted de mí triste memoria. Antes de contestar a lo que acaba usted de decirme, permítame usted, —se lo ruego por favor,— que conferencie un instante con la señora duquesa.

—Accedo —dijo el duque— porque a mi esposa la interesa mucho la suerte de su hermana, y precisamente me había dicho también que con usted deseaba hablar un momento.

Salió el duque, y al poco tiempo Cirilo sintió el crujido de las faldas de la duquesa, que entraba serena y magnífica como la Juno de Homero. Y a la primer mirada que cruzó con la dama; sin que mediasen otras explicaciones, comprendió Cirilo de golpe y porrazo el extraño error que había padecido, y vio abatirse a tierra, marchito y lánguido, envuelto en las ruinas de su corazón, el gallardo arco de mirto y rosas.

—Mi hermana —dijo apaciblemente la duquesa— ha cometido una imprudencia insensata; ha labrado en un instante su desdicha. No sólo se ha precipitado de cabeza en el abismo, desmintiendo en una hora una vida entera de recogimiento y dignidad; no sólo ha sucumbido como una niña sin experien-

cia, a los treinta y cinco años que tiene, sino que ni ha reparado, en su ceguedad, que me comprometía gravísimamente a mí. Se ha servido, para escribir a usted, de mi papel de cartas; y como nuestra letra se parece mucho, pues hemos sido educadas en el mismo colegio, y las cartas fueron anónimas, excuso decir a usted lo que podría suponerse si alguna cayese en malas manos. A no tener yo, por fortuna, reputación bien sentada; a no poseer la absoluta confianza de mi esposo, porque la merezco, he podido verme envuelta en alguna horrible red. Ha llegado a tanto la obcecación de esa pobre hermana mía, que hasta convertía mis muebles en estafeta, y que ayer, en el empeño que tuvo en vestirse y encapuchonarse exactamente como yo, sin pliegue más ni pliegue menos, demostró que al jugar su honra no le importaba echar la ajena por el balcón. En fin, ella lo ha querido, y ella es quien ha de soportar las consecuencias de este desliz. Procure usted que nunca tenga que arrepentirse, porque Fina es una santa, y si usted la juzgase por este paso imprudentísimo, sería injusto con la que pronto se llamará su mujer. Y aquí la duquesa dio muestras de enternecerse, y aun llevó el pañuelo de batista a los bellos ojos.

—Alto ahí, señora duquesa —exclamó Cirilo, que empezaba a perder los estribos al apurar tan a fondo la hiel del desengaño—. Yo no he dicho todavía si estoy dispuesto a aceptar el inmerecido honor que se me ofrece con la mano de la señorita Fina. Antes de resolver sobre este punto delicado, permítame usted que reflexione un par de horas. Ya volveré a comunicar a usted lo que haya decidido.

Y saliendo bruscamente de la estancia, dirigióse como un rayo a las habitaciones de Leonela, a cuya doncella intimó que necesitaba, a todo trance, ver y hablar sin dilación a la señorita. Al ruido del diálogo, salió Leonela vestida de mañana, ojerosa, deshecha; y al reconocer al secretario, sus enjutas mejillas se tiñeron de rubor. Despidió a la doncella, encargándola que no llamase a la *fraulein*, y se acercó a Cirilo, como interrogando.

—Leonela, —dijo Cirilo sin ambajes ni circunloquios— anoche he debido a usted una distinción... no, no, varias distinciones... de tan alto precio, que trastornarían a cualquiera la cabeza y el alma. De lo que usted me diga ahora pende mi vida.

¿Qué debo creer? Repito la pregunta que dirigí a usted anoche valsando: ¿siente usted algo por mí? ¿Soy para usted *alguien*, alguien en quien piensa, alguien que le importa?

—Ojalá me fuese usted indiferente —contestó tartamudeando la señorita—. Ojalá, Hinojales. No me costaría entonces tanto trabajo determinarme a fijar el día de mi boda con el marqués de Altacruz, a quien me complazco en desesperar, para que no crea el muy tonto que me ha seducido.

—Es que entonces, Leonela, si es así, no debe usted casarse sino conmigo, y no con el marqués, a quien no quiere. ¡No faltaba más, Leonela! Seguro de que usted me distingue, disputo esta mano al mismísimo Cid. Que venga el marqués a arrebatármela. Que venga todo el género humano.

—Amigo mío —murmuró zalameramente la señorita, echando a Cirilo un brazo por el cuello—, ¿qué está usted fantaseando? ¡Si pudiésemos hacer como en las zarzuelas, que se casa la gente con quien le gusta, y los reyes con las pastorcitas!... Le aseguro a usted que lo deploro, y que me caso de bien mala gana. Pero reflexione usted, y comprenderá que el mundo no es así, como querríamos que fuese. Sólo nos está permitido, todo lo más, un *rêve*... ¿No le gusta a usted *rêver*?... ¡Es tan bonito!... Es casi más bonito que la realidad... ¡Oh, *rêver*!

Al expresarse así Leonela, acercábase más al secretario, y sus dedos secos se enclavaban y fundían en los de la fuerte y varonil mano del joven, y su aliento precipitado delataba la vehemencia y acción del consabido *rêve*. Cirilo separó su diestra en un arranque de indignación furiosa; y haciendo una reverencia sarcástica, salió disparado de las habitaciones de Leonela, llevando sobre su espíritu todo el peso del arco de oro y pedrería, que acababa de derrumbarse estrepitosamente. Sentíase capaz de estrangular y de patear a Leonela, olvidando que los móviles que le arrastraban hacia la hija del duque no eran más puros que los que atraían a la hija del duque hacia él.

Desde su cuarto escribió Cirilo al duque una carta lacónica y glacial, renunciando a la honra que se le brindaba de ser esposo de la señorita Fina, y rogando que se le dispensara también, desde aquél punto y hora, de su cargo de secretario. Metió sus efectos en la maleta, llamó a un mozo de cuerda, y al cruzar el

umbral del palacio de Ambas Castillas creyó sentir un fragor terrible, un estrépito como de cien cañonazos: era el arco de mármol y bronce, que lo mismo que los dos arcos anteriores, se venía al suelo.

Del lance con Altacruz, que se verificó dos días después, sacó Cirilo, a pesar de su gran experiencia de sala de armas, un mediano charrascazo, que a poco que se hubiese corrido el filo del sable le parte la sien. Del episodio con la cuñada del duque, la mala voluntad y tirria perseverante de este señor, el cual se dio gran prisa a buscar a Fina un pretendiente y a casarla, aprovechando el natural despecho que concibió la señorita contra su seductor involuntario. Privado de las aldabas a que se asía, en vano luchó Cirilo para buscar nuevas sendas por donde ascender y prosperar: la única gente que le conocía le conocía por el duque, y éste, que un tiempo pensó elevarle, se esmeró tanto en rebajarle y oscurecerle, que Cirilo se vio rechazado de todas partes, sin medio humano de romper la conjura del olvido y de la frialdad desdeñosa que en torno suyo formó su antiguo protector y amo.

Hoy, desempeñando una cátedra en un instituto de provincia —única situación que pudieron alcanzar sus méritos—, Cirilo suele meditar sobre los problemas de su educación y de su destino. Sospecha que se perdió por falta de cultura moral; porque siendo en todo un sabio y un ateniense, en su conciencia fue un salvaje, esclavo del apetito y ajeno al sentimiento del deber. No le consuela el reconocer que esta deficiencia es común a toda la generación contemporánea. Además, comprende que no debió querer remontarse tan de golpe, y que, en resumidas cuentas, le convendría mucho haberse casado con Fina, dueña de no despreciable caudal, mujer honesta, sensible y enamorada, y escalón seguro para conservar valimiento con el duque. Pero aquella visión de los tres arcos, que tanto le persiguió, aún le persigue a veces, pues la esperanza y la ilusión nos acompañan hasta el sepulcro; y sé de buena tinta que Cirilo espera la gloria y la medalla de académico C., por una *Gramática analítica razonada y tesoro de etimologías de la lengua prákrita*.